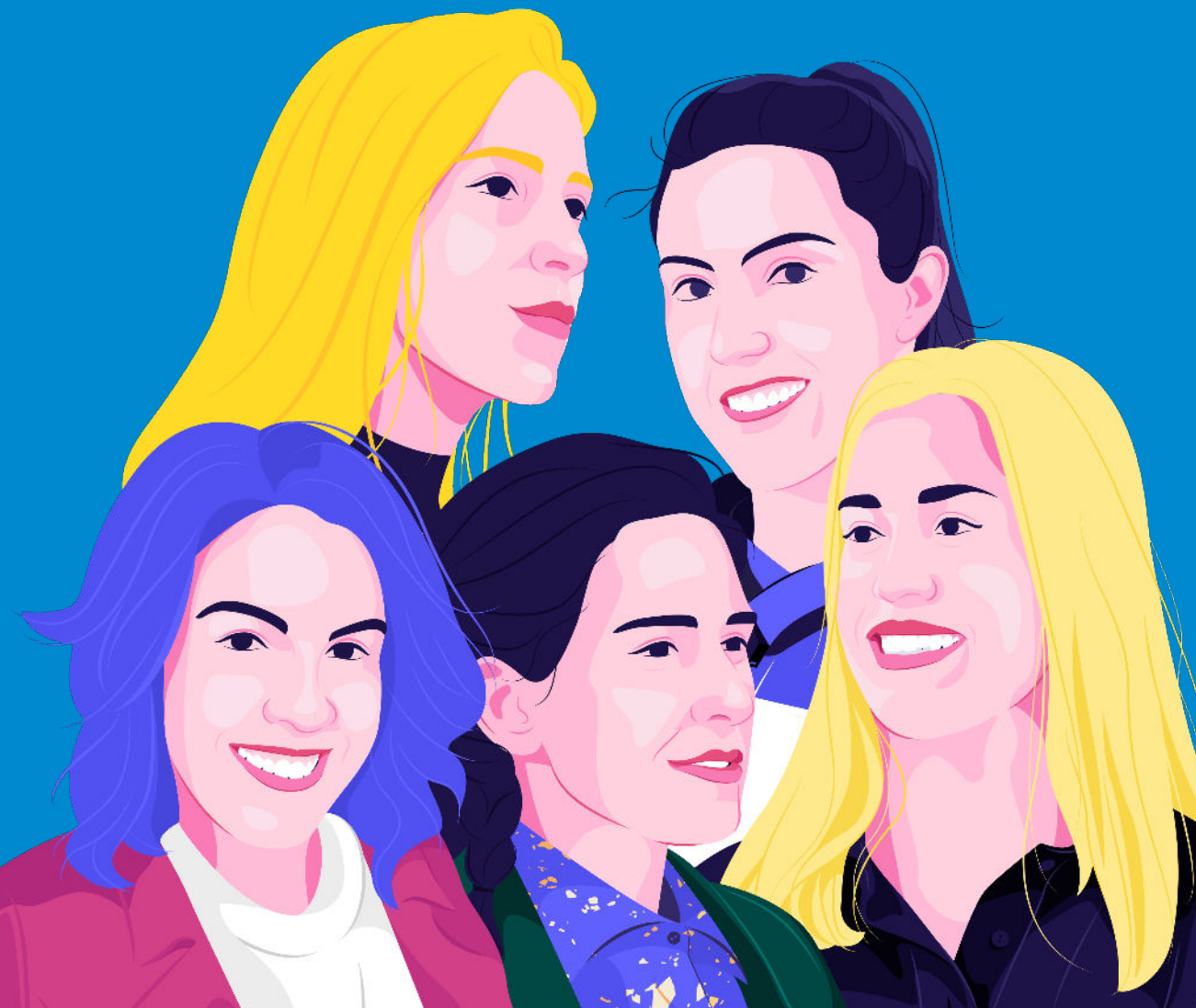
Inspiring Stories

by evax



Entre las olas y la arena

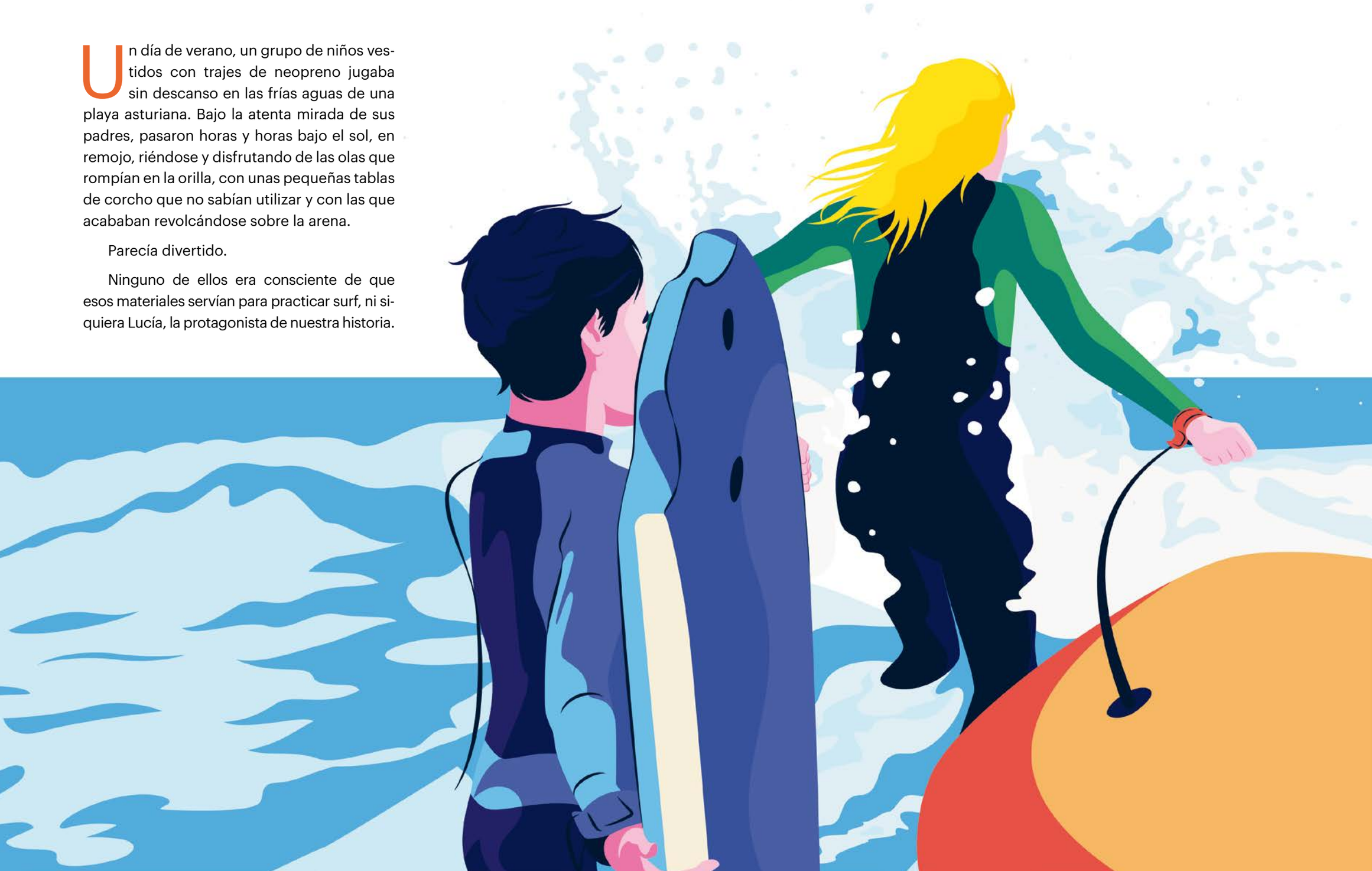
Lucía Martiño

ENTRE LAS OLAS Y LA ARENA
LUCÍA MARTIÑO

Un día de verano, un grupo de niños vestidos con trajes de neopreno jugaba sin descanso en las frías aguas de una playa asturiana. Bajo la atenta mirada de sus padres, pasaron horas y horas bajo el sol, en remojo, riéndose y disfrutando de las olas que rompían en la orilla, con unas pequeñas tablas de corcho que no sabían utilizar y con las que acababan revolcándose sobre la arena.

Parecía divertido.

Ninguno de ellos era consciente de que esos materiales servían para practicar surf, ni siquiera Lucía, la protagonista de nuestra historia.



SURF

Pero retrocedamos en el tiempo, porque antes de proseguir con el relato quisiera contarte algo que quizá desconozcas.

El surf es un deporte que se empezó a practicar hace muchos años.

Corría 1778 cuando una expedición británica topó casualmente, en medio del Pacífico, con un archipiélago desconocido hasta entonces y que posteriormente sería bautizado como islas Hawái.

Allí, los marineros ingleses observaron que el mayor entretenimiento de los indígenas consistía en adentrarse en el mar tumbados sobre unas largas planchas de madera, para esperar la llegada de olas grandes que, a continuación, cabalgaban de pie sobre sus tablas, manteniendo el equilibrio, mientras eran impulsados por la fuerza y la velocidad del agua. Los recién llegados quedaron asombrados con esta hazaña y así lo reflejaron en sus diarios.

ENTRE LAS OLAS Y LA ARENA
LUCÍA MARTIÑO

Años más tarde, estos escritos llamarían la atención de un grupo de hombres, que decidió visitar las islas para contemplar con sus propios ojos aquella práctica tan extraordinaria de la que se hacían eco las crónicas. Una vez en las islas, descubrieron que aquella costumbre indígena ya apenas se practicaba, si bien aún existían hombres que la conocían y la disfrutaban en secreto.

Aunque con el paso del tiempo muchos otros aprendieron a cabalgar sobre las olas, no fue hasta finales del siglo XIX cuando el surf comenzó a ser una actividad conocida y se expandió por lugares como California, en Estados Unidos, donde se empezó a practicar con asiduidad, desarrollándose como deporte a lo largo de los años y alcanzando la popularidad de la que goza en la actualidad. Hoy, el surf se practica en todo el mundo y tiene muchas variantes.

Y ahora regresemos con Lucía y sus amigos.

Lucía era una niña curiosa, inquieta y deportista. Le gustaba practicar todo tipo de actividades: kárate, vela, natación... De hecho, solía pasar los inviernos con sus padres en las pistas de esquí (le fascinaba esquiar junto a sus amigas), y los veranos en la playa, que estaba a escasos kilómetros de su casa, gozando del sol y del calor de la arena.

En el día que nos ocupa, durante ese entretenido primer encuentro en el mar con sus trajes de neopreno y aquellas pequeñas tablas, coincidieron con un grupo de surfistas, que, apostados a escasos metros de ellos, los observaban con divertida ternura. A los chicos, viendo qué felices eran los pequeños retozando entre las espumas del mar, les pareció una buena idea sugerir a sus padres quedar un fin de semana, ofreciéndose a enseñarles a coger olas, ya que solo jugaban en la orilla sin adentrarse en las aguas.

—Lucía, ¿te gustaría aprender a surfear? —recuerda que le preguntaron sus padres entonces.
—¡Me encantaría, me lo estoy pasando genial! —repuso, entusiasmada.
—¿Y no te dan miedo las olas?
—Claro que sí, pero para aprender hay que ser valiente.

Los padres de Lucía accedieron a la proposición del grupo de muchachos y un par de semanas después la llevaron a la playa, junto con sus amigos, para descubrir cómo funcionaba todo aquello del surf y sin otro deseo que el de pasar un buen rato.

Y así fue; durante esos dos días, Lucía se mostró encantada. No tuvo ningún reparo en adentrarse en el mar, acompañada por los chicos y siguiendo sus indicaciones. ¡Fue increíble! ¡Lucía era capaz de permanecer en equilibrio sobre la tabla y sin apenas ayuda!

Visto el éxito y dada la felicidad que irradiaba la niña, el paso siguiente fue inscribirla junto a otros niños en una pequeña escuela de surf los fines de semana para que prosiguiera con el aprendizaje y dar así rienda suelta a esa nueva pasión que parecía haber despertado en su interior.

Sus padres no lo dudaron ni un instante y le permitieron crecer en esta especialidad.

¿Por qué no?

Lucía estaba pletórica con su nueva afición. La descarga de adrenalina que le provocaban la fuerza de las olas y la sensación de tener el mar bajo sus pies la llenaban de euforia. Notaba que su corazón latía más fuerte que nunca cada vez que cogía la tabla, era algo indescriptible, casi mágico.

Empezó a compaginar las clases en el colegio con su pasión. Era muy buena estudiante y aplicada en sus tareas, de modo que nunca faltaba a su cita semanal en la escuela de surf. Su mayor deseo era compartir todas las horas de luz posibles con sus compañeros y sus tablas, y esforzarse por mejorar y coger olas cada vez más grandes.

¡Le encantaba retarse!

Y eso fue lo que la llevó, cumplidos los trece, a apuntarse a su primer campeonato. Se lo tomó como una experiencia más y, aunque había muy pocas niñas compitiendo, puede que dos o tres a lo sumo, siendo niños el resto, no le importó. Su objetivo era pasarlo bien y demostrarse a sí misma que era capaz de superarse.

—¿Crees que estás preparada para la prueba? —le preguntaron sus padres, aun a sabiendas de lo que su hija les iba a responder.

—Por supuesto, yo confío en mí —dijo Lucía sin vacilar.

La práctica del surf requería muchas horas de entrenamiento en el agua, ya hiciera frío o calor, lloviera o brillara el sol. La evolución hasta conseguir dominar la tabla y las olas era muy lenta. Había que ser paciente..., y ella lo era. Nunca cejó en su empeño de progresar y profundizar en su conocimiento del deporte y del mar.

Al año siguiente, con catorce, fue elegida por la selección española para competir en el campeonato junior europeo de surf. Esta categoría abarcaba un amplio rango de edad, desde los catorce a los veintiún años y, al principio, Lucía no obtendría buenos resultados porque era pequeña y competía con surfistas mucho más mayores. Era lógico que no estuviese a la altura, pero esto no la desanimó, y gracias al apoyo de su familia y de las personas que confiaban en ella, fue superando las pruebas y afianzándose.

Todo es cuestión de práctica, constancia e ilusión.

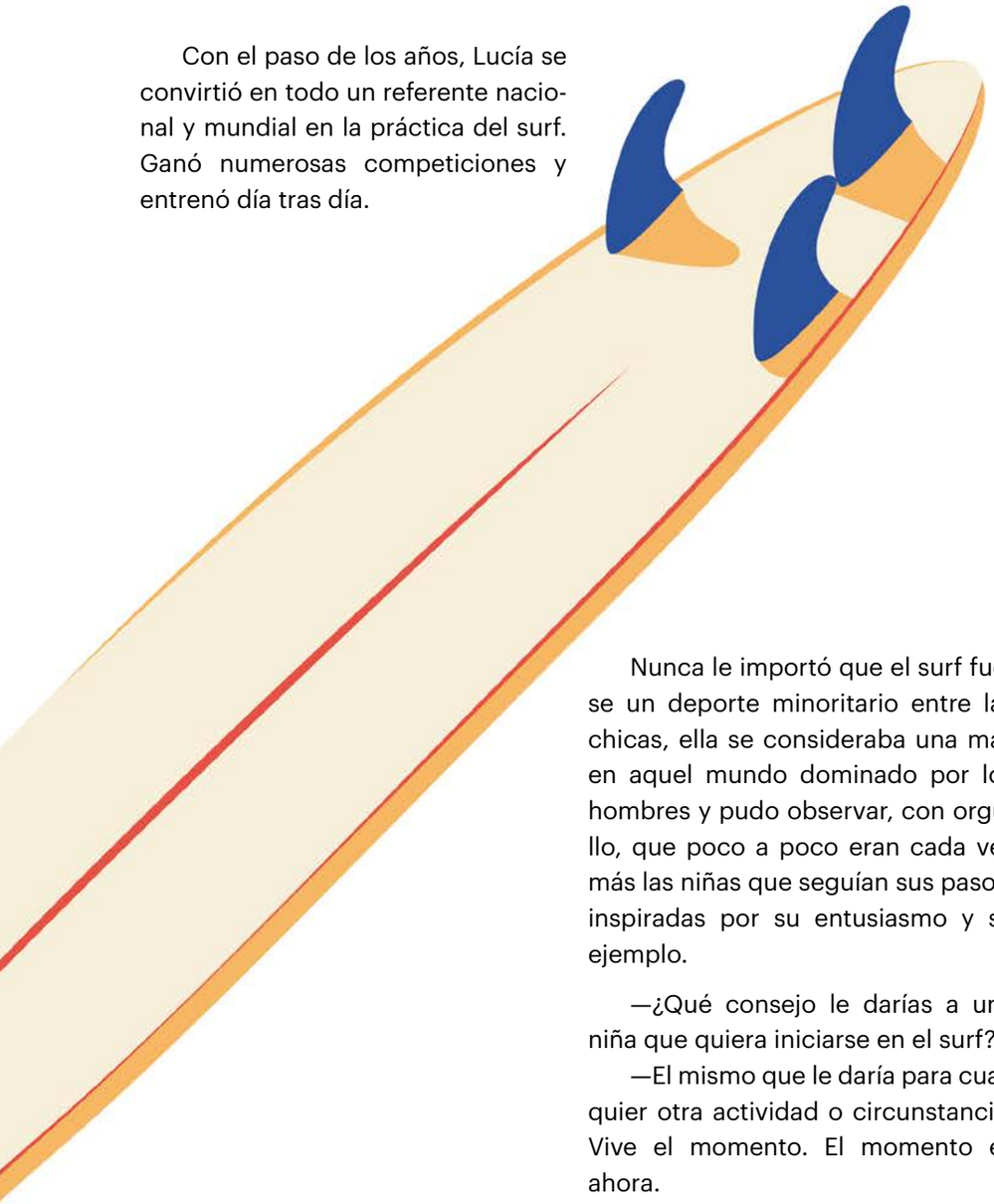
Como casi todos los campeonatos se celebraban fuera de su lugar de origen, debía desplazarse a diferentes ciudades para poder competir y así fue como, no solo conoció a muchas personas increíbles y compañeros que compartían su misma pasión por el mar, sino que se convirtió en toda una profesional.

¿Quién lo hubiera pensado?

A pesar de los grandes logros que iba cosechando en su carrera deportiva, Lucía supo compaginarla con sus estudios superiores. Para ella era muy importante contar con una base académica sólida con vistas al futuro... No olvidemos que a veces el azar puede jugarnos una mala pasada y que correr riesgos implica tropezar de vez en cuando. Siempre es bueno tener un as bajo la manga, una tabla de salvación que nos permita sentirnos seguras.

Y libres.

Con el paso de los años, Lucía se convirtió en todo un referente nacional y mundial en la práctica del surf. Ganó numerosas competiciones y entrenó día tras día.

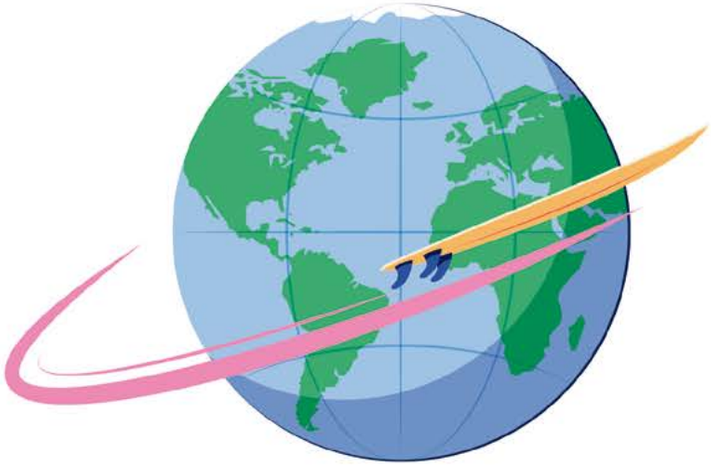


Nunca le importó que el surf fuese un deporte minoritario entre las chicas, ella se consideraba una más en aquel mundo dominado por los hombres y pudo observar, con orgullo, que poco a poco eran cada vez más las niñas que seguían sus pasos, inspiradas por su entusiasmo y su ejemplo.

—¿Qué consejo le darías a una niña que quiera iniciarse en el surf?

—El mismo que le daría para cualquier otra actividad o circunstancia: Vive el momento. El momento es ahora.

ENTRE LAS OLAS Y LA ARENA
LUCÍA MARTIÑO



Gracias al surf, Lucía viajó y descubrió muchas culturas diferentes y fue capaz de superar sus miedos.

Así es como consiguió brillar en su trayectoria. Siendo auténtica y fiel a sus sueños, además de disciplinada, respetuosa y fuerte.

—¿Cuál dirías que es tu límite? —le pregunto.

—Mi límite soy yo misma. No existen límites en mi imaginación.

Lucía Martiño descubrió su pasión jugando con sus amigos en la orilla del mar y ahora es una surfista increíble.

Es todo un ejemplo de superación y lucha.

Con su historia aprendemos que podemos hacer crecer nuestras aficiones siempre que seamos valientes y confiemos en nuestras capacidades. No existen más barreras que nosotras o nosotros mismos.

Sé tú misma,
persigue
tus sueños.